

DISCURSO INAUGURAL

UNIVERSITY OF MICHIGAN

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1898 Á 1899

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL ILMO. SR. DR.

D. JUAN GINÉ Y PARTAGÁS

DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

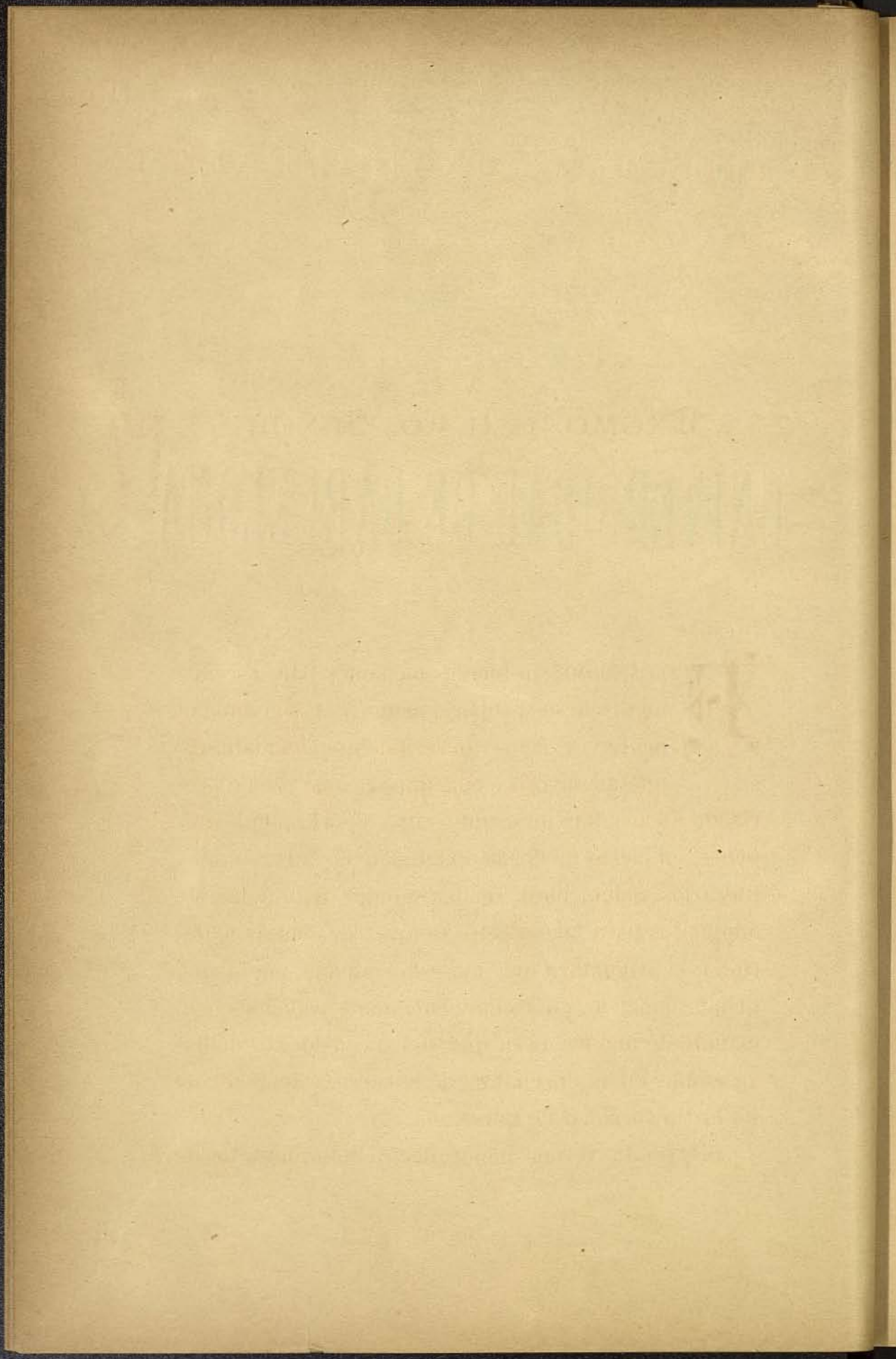


BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA

Calle del Notariado, núm. 9. — Teléfono 151

1898



EXCMO. É ILMO. SEÑOR,

SEÑORES:

HALLÁNDOME sin fuerzas bastantes para escribir un discurso proporcionado á la solemnidad de hoy y á los merecimientos del auditorio que me favorece con su atención, véome precisado á excogitar un asunto cuya oportunidad compense, en cierto modo, la exigüidad de mis recursos literarios. Salgo, pues, de los moldes habitualmente adoptados para tales casos, y en vez de buscar materia en la asignatura que me está confiada, me la va á proporcionar un punto eminentemente pedagógico: el estudio de una reforma, que todos consideran indispensable, en la enseñanza de la carrera de Medicina en la Universidad de Barcelona.

Diluyendo, ó por mejor decir, aclarando, desde

ahora, los horizontes de mi trabajo y formulando en términos precisos el sujeto, el objeto y el fin de mi tarea, intitularé esta tesis del siguiente modo:

Lo que es, y lo que debiera y podría ser la enseñanza en nuestra Facultad de Medicina.

Y para que se vea cuán pequeña es la parte que á mi me atañe en esta obra, al impulso irresistible de un sentimiento de equidad y justicia, empiezo declarando, que cuántos ideales y aspiraciones expresaré, son patrimonio de un acervo común, producto de una colectividad, oficialmente constituida, y puesta en intensísimo ejercicio por el estímulo simultáneamente percibido por cada uno de sus miembros, nacido de la necesidad de dignificar por la práctica, la misión del Claustro que me cabe la honra de presidir, tan sabia y discretamente regido por nuestro jefe universitario el Exemo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, suministrando á la juventud que concurre á nuestras aulas una instrucción tan amplia y sólida cual la requieren los tiempos en que vivimos.

Trataré, pues, de reflejar la voz de la Junta de Profesores de la Facultad de Medicina de esta Universidad. Así, mi voz no será voz, sino un eco: si no resultase eufónico mi acento, culpese al eco; á la voz, no. Todo cuanto diga lo he aprendido en numerosas é instructivas conferencias que en nuestra Sala de Juntas se han celebrado durante el precedente curso. Y para que más resalte mi ingenuidad, aún cuando sea

con detrimento de mi modestia, me atribuiré la gloria de haber promovido esas asambleas íntimas y de haberlas presidido, aún que sin otra razón ni otro mérito que el poco envidiable de los años.

En la labor del Claustro de Medicina ha habido causas predisponentes y una eficiencia próxima y determinante. Cuanto á las causas predisponentes, resulta, según es de pública notoriedad para cuantas generaciones han salido de nuestra escuela, que, desde remotos tiempos, las funciones docentes han debido desempeñarse con tanta penuria, con tal deficiencia de recursos, que bien puede decirse que, por cualquier lado que se mire á nuestra Facultad, no se ven en ella más que los harapos de la miseria.

El edificio, henchido de nobleza histórica, puesto que ha sido la platabanda donde han nacido y sido cultivadas las más floridas sumidades de nuestra Medicina contemporánea, es en todos conceptos deficiente é inhábil para todos y cada uno de sus destinos. En su área, reducidísima, cuéntanse tan sólo tres aulas, y aún éstas de escasa capacidad. Nada tiene que merezca nombre de Museo, Laboratorio ó Gabinete: El Anfiteatro anatómico es perfectamente circular: no tiene la figura de un segmento parabólico, adecuada para las enseñanzas demostrativas. Hoy día, en razón á su aspecto grave, al par que suntuoso, más bien que recinto destinado á la enseñanza de la Anatomía, podría creerse es cenotafio erigido á la veneranda memo-

ria del fundador del antiguo Colegio de Cirujanos; cosa que parece confirmar el colosal busto marmóreo del ilustre Virgili. Nuestro Anfiteatro anatómico es hoy, en cierto modo, una joya arquitectónica, digna de ser conservada por los recuerdos que evoca: en él, en tanto subsista su memoria, cuántos médicos catalanes hoy vivimos, veneraremos nuestros dioses lares y penates.

En la Facultad no hay vestíbulos, ni ante-cátedras, ni patios. En días de lluvia, mientras espera la hora de entrar en las clases, la población estudiantil se ve precisada á cobijarse en la calle... bajo el paraguas. Sólo existe un angosto corredor, ó patinejo, el cual, con todo y hallarse á la intemperie, carece de aire, luz y ventilación.

Con auxilios adventicios, casi con limosnas,—que se agradecen mucho—y á puro de imponernos las más austeras privaciones—el cual régimen económico aún dura y durará mucho, si no se impetran novísimos socorros—se habilitó, hace seis años, el único patio central que entonces había—el cual, por sus usos y propiedades *organolépticas*, merecía el nombre de *patio de los putrilagos*—para Sala de Disección, ó, como hoy se dice, de *Técnica anatómica*; la cual, gracias á luces cenitales que penetran por una techumbre acristalada, proporciona regulares servicios y hasta resulta estética.

Tenemos también una Biblioteca, con armarios y

estanterías de nogal, que un tiempo pudo calificarse de suntuosa y bien provista, pues abunda en obras de Medicina apreciabilísimas por su antigüedad y rareza, aún que se halla casi totalmente destituida de libros modernos, siendo contados los que datan de más acá del último cuarto del presente siglo. Como esta Biblioteca—que ha estado cerrada durante varios lustros—por su carencia de libros contemporáneos, tiene escaso aliciente para los alumnos, en las épocas de exámenes se aprovecha su recinto para albergar á uno de los tribunales, pues no hay otra manera de tener local para todos los que deben funcionar en dichos períodos.

En cada curso más apurada la Facultad por la escasez de materiales clínicos, cual si intentara reproducir el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, ideó, hace cinco años, abrir un Dispensario médico-quirúrgico, á fin de sacar partido para la enseñanza del contingente de experiencia que podrían proporcionar los enfermos ambulantes. Con éxito funcionó el Dispensario durante tres años; luego, en vista de que en estas atenciones se invertía una buena parte de la reducida consignación de las clínicas, fué preciso suspender el ejercicio de esta institución sucedánea, pues ya había llegado el caso de no poder proporcionar á los concurrentes ni tan siquiera los tópicos más indispensables para las curas.

A pesar de tanta estrechura y con indigencia tanta,

la Facultad ha hallado manera de surtirse de muchas cosas sin las cuales todo conato de dar enseñanza médica sería hoy una quimera: un saloncito, que recibe luces de la calle y de la Sala de Disección, se emplea, con éxito admirable, gracias á las hábiles manos que lo administran, como Laboratorio de Histología normal y patológica. En lo que fué goteante y *clarividente* azotea de la parte más baja del edificio, se ha montado una buena galería fotográfica, con su correspondiente cámara obscura, y, para que nada desmienta el afán de adelantamiento que anima á todos los Profesores de nuestro Claustro, en el local que se había destinado al Dispensario clínico se ha establecido una instalación radioseópica y radiográfica, bastante completa, que, concertada con la galería fotográfica, los alumnos han visto repetidas veces funcionar aplicándola al diagnóstico quirúrgico.

Cualquiera hallariase en condiciones más propicias que las en que yo me encuentro, para hacer la apología del personal de nuestra Facultad de Medicina: tan orgulloso me siento de las glorias de mis amados compañeros—muchos de los cuales han sido mis discípulos—que, sin poderlo remediar, me las asimilo, cual si esos lauros y triunfos formasen parte de mi personalidad; de ahí que, en este punto, el sentimiento de la modestia corporativa me imponga silencio. Visitando, no ha mucho, un príncipe ruso, el doctor Tarkanoff, eminente catedrático de Histología en San

Petersburgo, la humilde morada de nuestra Facultad y deseando ponderar el provecho que sacábamos de recursos tan escasos, dirigíanos el siguiente airoso cumplido: «*Tel es l'ardeur de vottre cœur, que même dans la prison travaillez.*»

II

Si de la necesidad de mejorar de albergue que, como expresión de un mal inveterado, siente la Facultad, pasamos á considerar los padecimientos que la afligen por la deficiencia del material de que debiera estar dotada para enseñar las asignaturas de la carrera del modo práctico, experimental y demostrativo que es de rigor en nuestros días y más especialmente tratándose de ciencias biológicas, veremos, que aún es mayor la pobreza por lo que al contenido se refiere, que lo que el aspecto del continente, ó sea el edificio, parece prometer.

En ninguna parte sienta mejor la suntuosidad que en los templos de la Ciencia: la magnificencia y hasta el lujo, deben estimarse como expresión de un culto perenne á las obras de la inteligencia. Manifiestan el respeto y el amor que en los centros docentes profesan todos á las más elevadas aspiraciones de la humanidad, consagradas por el trabajo y por el tiempo. Pero el saber humano, en los presentes tiempos, ce-

diendo á las corrientes de igualdad y fraternidad que á todos nos empujan, se despoja de gran parte de las venerandas galas de la Historia y no manifiesta grandes empeños en luchar por los prestigios del Maestro: todas las ciencias y en particular las de observación, proclaman el libre exámen. Se admite la teoría como una necesidad del espíritu; la hipótesis no es aceptada sino como una luz que puede servir de guía para comprobar los hechos, ó para ir al encuentro de otros nuevos. Nadie se atreve á construir sobre productos más ó menos sutilizados del ingenio; y quien tal hace, tiene el disgusto de presenciar el derrumbamiento de la obra antes de verla terminada. Como no son de ley sino las razones que se apoyan solidamente en los hechos, todos los conatos pedagógicos se encaminan principalmente á enseñar á observar y experimentar. El continuo tejer y destejer de los sistemas y doctrinas ha escarmentado á muchos y, con razón, se desconfía de la volatilidad de las teorías, por más que se atavien con ropaje seductor. Los tiempos son de análisis: es necesario aprender analizando. El espíritu del alumno, impregnado del ozono de libertad, preparado entre nosotros por nuestros propios padres, barrunta independecia, si ya no por obra de la educación, al menos por impulso atavico muy próximo, desde que da los primeros pasos en la carrera: siéntese manumitido en el Laboratorio. Venera y respeta al maestro; pero es mucho más devoto del testi-

monio de sus propios sentidos que de las oraciones magistrales: es más aristotélico que platónico.

Tal y cual se administraban antes los conocimientos en las Escuelas, se aspiraba á nutrir al discípulo con alimentos *peptonizados*. ¡Tan poca confianza se tenía en sus fuerzas asimiladoras y tanta era la seguridad de que no podía darse mayor perfección en los productos que elaboraba la mente del Profesor! ¡Cuántos errores, por esta causa, han permanecido largos años incrustados en los moldes de la rutina!

Hoy día se discurre de muy diferente manera: la educación del pensamiento comienza por la de la sensibilidad, puesto que todos saben que las nociones que alcanzan mayor fijeza y solidez, son las que directamente proceden del *Cosmos*. Importa, pues, educar rectamente á los sentidos, á fin de aprender á meditar á proporción y en la medida que sentimos y pensamos. Interesa evitar el hacinamiento de ideas no bien delineadas, que suelen aposarse en el cerebro de la manera liviana con que las calcomanías en el papel. Se desea que los juicios, al nacer, tengan ya raíces; las raíces de la germinación autóctona, que son prenda segura de lozanía y larga vida.

De esta suerte, el cultivo de las carreras que tienen por sujeto de estudio los seres y los fenómenos de la Naturaleza, exige mucho más que libros: requiere instrumentos y talleres; esos talleres llámense *Laboratorios*. Tanto como Bibliotecas, se necesitan

colecciones de objetos de observación y estudio: son los Museos. La Cátedra, el Laboratorio y el Museo, eran, no ha mucho, estancias bien distintas y aún distanciadas entre sí: no se tardó en adosar el Museo y el Laboratorio á la Cátedra; hoy la Cátedra y el Laboratorio se confunden, ventajosamente, en un mismo recinto. Se comprende la eficacia de un Laboratorio sin Cátedra. Nadie admitiría una Cátedra sin su Laboratorio y su Museo.

Por este tenor, la Arquitectura, que en todos tiempos ha debido buscar sus inspiraciones utilitarias y formales en las necesidades de la Humanidad, la Arquitectura de una Facultad de Medicina, sin desprenderse, ni mucho menos, de las galas del buen gusto, muestra tendencia incontrastable á semejarse á la de una gran Manufactura. Aquí la belleza del edificio resalta tanto más cuanto se hace más perceptible su utilidad; porque, *si lo bello*—ha dicho Víctor Hugo—*es tan útil como lo útil, lo útil es tan bello como lo bello*. Una Escuela de Artes y Oficios y una Facultad de Medicina—dejando á un lado las Clínicas—tienen, en nuestros días, muchísimos puntos de semejanza.

Desprovista de Museos y Laboratorios propiamente dichos, nuestra Facultad, dispone de un material de enseñanza por demás exíguo. Media docena de aparatos en buen uso, tiene la cátedra de Fisiología; apenas llegan á este número los del Laboratorio de Medicina legal; un par de Microscopios, bastante media-

nos, y un regular Microtomo, el de Histología: esto es todo lo que merece mencionarse en punto á materiales de observación y experimentación. Lo demás es pura tubería fragmentada y cacharrería desportillada, pues, como ni tan siquiera disponemos de buenos armarios, y la humedad, con las mucedíneas que en ella vegetan, señorea en todas las estancias del edificio, no hay manera de conservar los objetos que por el uso diario se deterioran y desgastan.

No es menos triste la situación del Arsenal de Cirugía. Bien que se hayan invertido sumas importantes en la *desoxidación* y *niquelado* de los instrumentos quirúrgicos, cuya antigüedad acusa palpablemente la Historia del Arte, y bien que para preservarles de nuevas invasiones del orín, se les mantenga en cajas *ex-profeso*, bien engrasados y recubiertos de guala, como, al adquirirlos, dada la miserable consignación de que se dispone, haya sido preciso echar mano de los de precio infimo, hállanse la mayor parte de ellos fracasados y fuera de uso. Salvo algunos instrumentos recién comprados con miras verdaderamente económicas— esto es, mirando más á la bondad que á la baratura—lo restante es hierro viejo y roñoso, cuyo solo aspecto repugna al espíritu de asepsia que por doquiera informa á la Cirugía contemporánea. Añádase, que hace algunos años, un señor Ministro de Fomento, ávido de producir grandes economías, tuvo á bien *suprimir el chocolate del loro*, ó

sea el sueldo, de *quinientas pesetas*, del Instrumentista de la Facultad. Desde entonces, no hay á quien hacer responsable de la conservación en buen uso de los objetos del arsenal.

A nosotros, los Catedráticos, nos apena en gran manera la poca cimentación anatómica de nuestros alumnos; pero aún debiéramos admirarnos de que sepan tanta Anatomía como saben. ¿Por qué? Porque el Museo anatómico de la Facultad—instalación modestísima y reciente, que nos ha costado un ojo de la cara—se reduce al fondo de una galería, de tres arca- das, en cuyas paredes se hallan dispuestas, del mejor modo que ha sido posible, un centenar de piezas de barro cocido, yeso y cartón-piedra, pintadas con mucha más ingenuidad que verdad, que alternan con algunas otras, realmente notables, de cera, muchas de las cuales, así como unos cuadros murales de Miología, que penden de las paredes de la Sala de Dirección, acusan las excepcionales condiciones artísticas del Escultor Dr. Coll y Soler y las no menos apreciables del inolvidable Letamendi. A esto se reduce la riqueza, ó mejor, pobreza, plástica y pictórica de que nuestros alumnos pueden disponer para aprender la Anatomía normal.

¿Qué diré de la Anatomía patológica, de la topográfica, de la Embriología y de la Obstetricia? Hay tres armarios, acristalados en parte, en una encrucijada del primer piso de la Facultad, donde se ven, haci-

nadas, un cierto número de piezas, naturales, unas, artificiales, otras, correspondientes á las mencionadas enseñanzas..... Y esto es todo: todo se abarca con una mirada. No hay estudio de operador ó tocólogo de alguna fama que no sea más rico en ejemplares de esta especie.

Con un Hospital adjunto á la Facultad como, á lo menos *topográficamente*, lo está el de la Santa Cruz, donde se albergan á veces más de 800 enfermos pobres, creería cualquiera que nuestro departamento anatómico estaría abundantemente surtido de cadáveres para los trabajos prácticos. Esto, no obstante, por una serie de coeficientes extrínsecos al modo de ser de la Facultad y completamente ajenos á su manera de vivir, se da el caso de que, así en las cátedras demostrativas, como en la Sala de Disección, no es dable disponer de lo más indispensable para los estudios prácticos, siendo así que, sin éstos, pretender enseñar Anatomía, es como edificar sobre el suelo de una playa.

Valga lo que acabo de decir como un lamento, exhalado en ocasión solemne, con el objeto de condensar la expresión de sufrimientos de remotísima historia, en que ha habido no pocos quebrantos de la dignidad corporativa y de los intereses de la Enseñanza. Sea, repito, mi voz un lamento, no un reproche: no miremos á lo pasado, ahora que, para la Facultad, el porvenir se nos presenta con las risueñas tintas de una alborada,

III

Para no aumentar sombras en el cuadro que estoy esbozando, quisiera excusarme de tratar de las enseñanzas clínicas; siendo, empero, mi propósito dar una idea del estado actual de nuestra Facultad, para que mejor resalte la urgencia de la reforma que se solicita, no puedo pasar en silencio este enojoso asunto. Así y todo, cediendo á sentimientos hidalgos y á fin de gravitar lo menos posible en la atención del auditorio, seré muy breve.

El hecho es que la Facultad vive *de precario* en las enfermerías de la Santa Cruz. Contemporizando y con equilibrios de diplomacia *internacional* — puesto que los temperamentos bélicos dieron siempre malos resultados — obtenemos del Hospital los enfermos que *tiene á bien suministrarnos*, puesto que ya no se estila elegir enfermos para las Clínicas en la *Oficina de entradas*. Es verdad que tal vez hay derechos que podrían hacerse valer; pero esos derechos casi han prescrito por el desuso. Entre Profesores clínicos de guardia y Médicos del Hospital, también de guardia, ha venido á establecerse un *modus vivendi* que, al paso que suaviza y endulza el presente, disimula muchas ausencias, por supuesto, involuntarias y casuísticas. Un enfermo de las clínicas llegado al estado de *cronicón*,

plenamente agotado para la enseñanza, debiera ser trasladado á las enfermerías del Hospital. Escrito tiene la Facultad el derecho que la asiste para estas remociones: el caso es que casi siempre y cuando un tal intento se formaliza y se expresa..... el enfermo se queda en la Clínica con los perjuicios consiguientes para la enseñanza.

En resúmen, las Clínicas reciben los enfermos que les proporciona el Hospital y se quedan con ellos, aún cuando ningún servicio puedan prestar á la enseñanza.

Cada clínica tiene señaladas sus salas, con un número determinado de camas. Cuando en el Hospital sobreabundan los enfermos, suelen llenarse las camas vacantes de las clínicas; no ocurriendo este *trop plein*, las camas de las clínicas acostumbran á permanecer vacías durante bastante tiempo. El Catedrático llega á la Clínica, anheloso de hallar algún caso nuevo en que ejercitar á los alumnos en el diagnóstico. Muchos son los días en que el Profesor nada tendría que hacer, si no supiera sacar partido para la enseñanza de los múltiples aspectos con que puede ser mirada una enfermedad, ensayando á los discípulos en recuerdos de anatomía topográfica y patológica, en prácticas y juicios semeyóticos, en el diagnóstico diferencial, en la terapéutica, etc.

La entrada de *enfermo nuevo*, constituye un acontecimiento interesante, que rápidamente repercute á

todo el curso. Es tal la avidez de instrucción práctica que sienten los discípulos, que, á pesar de la prelación señalada por la lista de la sección, que está adosada á la cabecera de la cama, precipitanse todos sobre ésta; algunos montan al contiguo sillón y muchos se ponen de pies en las camas adláteres. Aquello es una masa de carne humana, formada de miembros que se estrujan, comprimen y repelen en el espacio de un metro, que es la distancia que media entre dos camas contiguas. Intenta el Profesor penetrar á través del grupo estudiantil, para dirigirse al sitio que le corresponde, junto á la cabecera: un flujo y reflujo rapidísimo, una verdadera ola escolar, se produce, para abrir paso al maestro, quien, en el rápido vaivén de la marea, corre siempre el peligro de dejar un faldón de la levita. A este instantáneo agrietamiento del montón, subsigue un tumulto de empujones, que termina por violenta enucleación de los más endebles ó menos osados, los cuales, ya alejados del enfermo, declarados en derrota en esta lucha de estrujamientos y perdida toda esperanza de aprender alguna cosa de lo que el catedrático se esfuerza en enseñar prácticamente, reúnen en el *extra-radio*, formando grupitos de escolares *desengañados*, que se lamentan de lo poco que les es dable aprovechar en las clínicas oficiales.

Se dirá que siempre lo hemos visto así; pero también es cierto que siempre hemos adolecido del acha-

que de hacer rematadamente mal los servicios de la enseñanza clínica. Las salas de un nosocómio ordinario no reúnen condiciones para enseñar á una población escolar numerosa. Las camas deben de estar convenientemente distanciadas de la pared; es preciso que medie mucho espacio entre una y otra de una misma hilera y que aún sea mucho mayor el que separe las hileras. Así, los alumnos, junto al Catedrático, formando amplio círculo, pueden cómodamente observar á los enfermos, atendiendo á los procedimientos de exploración que el maestro enseña, repetir las manipulaciones que este ordena, y beber, sin que se pierda una gota, el saber clínico en el mismo manantial.

Dígase lo que se quiera, este procedimiento me parece mucho más fructífero que el que de antiguo se seguía en nuestra Escuela, el cual consistía en pasar la visita, con mayor ó menor rapidez y hablar luego de los enfermos, en la aula. Esto, que puede ser útil para formar doctrina relacionada con un dado orden de conocimientos clínicos, contemplándolos englobados, no lo creo conveniente para que los alumnos aprendan á examinar y á juzgar de los enfermos en quienes debe versar la observación.

Pareceríame de mal gusto insistir en esta materia: tratar, verbi gracia, de los sinsabores que encuentra la Facultad en el Hospital de la Santa Cruz, en lo que se refiere al régimen autónomo de la Casa, el cual trasciende al personal extrínseco, adscrito, por virtud de

aquél, al servicio de las clínicas, y de los disgustos que provienen de garrafales errores y añejas preocupaciones, reñidas con la Higiene; cosas que la Facultad se ve obligada á contemplar muda, resignada y mustia, á causa de su precario modo de vivir..... Luengos años hemos vivido Facultad y Hospital, conllevando y soportando nuestros opuestos gustos y contrarios temperamentos: hoy estamos próximos á darnos la despedida...; la Facultad agradecerá eternamente al Hospital de la Santa Cruz la *hospitalidad* que le ha proporcionado. El día en qué definitivamente nos separaremos, ¿no habrá un abrazo que simbolice la historia de un siglo de simultáneo y perseverante laboreo en pro de la Humanidad y de la Ciencia?

IV

Tales son, omitiendo los de menor cuantía, los achaques que, en el orden somático, minan, desde tiempo inmemorial, la economía de nuestra Facultad de Medicina, inhabilitándola materialmente para dar testimonio de las energías que atesora. Pensar que no se ha pugnado para acabar de una vez con tan mísero modo de vivir, sería imaginar que nuestro Claustro se halla tocado de inhibición analgésica ó de amiotrófia, y esto no es cierto, ni mucho menos, pues donde ha habido tanta resistencia para el dolor y tanta virtud para no

prorrumpir en lamentos estentóreos, no podían faltar voluntad ni diligencia para acudir en busca de una terapéutica, tan radical como segura, para sus crónicas dolencias.

Digna de la pluma del autor de los veinte cantos de la Odisea sería la historia de los veinte años de trabajos para llegar á la realización de la más alta de las aspiraciones del Claustro: la erección de un Hospital Clínico y de una nueva Facultad dotados ambos de los elementos y condiciones que de consuno reclaman los sentimientos filantrópicos, los progresos de la humanidad y el moderno espíritu que informa la enseñanza de las ciencias biológicas. Próximo está el día en que esta página de la historia contemporánea de nuestra Universidad se abrirá por modo solemne á la veneración pública. Repartiránse en aquel entonces con profusión, palmas y laureles, y cada entidad y cada persona recibirá el premio de su cooperación en esta labor magnífica. Este será el galardón de la fe en las portentosas energías del progreso, del amor á la patria, que todo debiera avasallar, y de la perseverancia en los propósitos de las empresas generosas; y esos premios no consistirán, á buen seguro, en cintas, cruces ó medallas, objetos que, en muchos casos, no sirven más que para decorar la personal fachada, ó para henchir de fluidos deletéreos todo lo que es huero y liviano, y que si abulta y se remonta, es en méritos de su propia hoquedad y con sujeción al principio de

nidades académicas; otros anfiteatros, si bien no tan grandiosos, no por esto menos útiles, para enseñar Fisiología y Toxicología; Salas de Disección amplísimas, bien ventiladas y profusamente alumbradas, para la Técnica anatómica; depósitos para observar y conservar los cadáveres que del Hospital Clínico procedan; habrá una *Morgue*, para las necropsias judiciales, con vistas á los estudios prácticos de Medicina forense; tendremos un hermosísimo Laboratorio de Histología y Microbiología; Gabinetes de Física y Química aplicadas á la Medicina, con sus correspondientes Laboratorios; Museos de Historia Natural y de Antropología; otros Museos para cada una de las Anatomías; un aula y un Laboratorio de Higiene; un Museo y Laboratorio de Farmacología; amplios y acristalados patios, para la confluencia y solaz de los alumnos; vestíbulos, ó salas de espera; anchísimos corredores y ante-cátedras; Biblioteca especial é independiente.....; tendremos, en fin, todo cuanto hoy día se puede apetecer en edificios erigidos expresamente para enseñar la carrera de Medicina y cuidar solícita y cristianamente á los enfermos pobres.

Para significar con una expresión abreviada cuanto vamos á encontrar en los nuevos edificios, bastará decir: que aquí se trata de un hecho, ya realizado, y que, por desgracia, es aún bastante excepcional, esto es: desde el punto de vista de la enseñanza y del desarrollo de la Ciencia médica, un Hospital Clínico cons-

truído expresamente para el servicio de la Facultad, y por el concepto filantrópico, de una Facultad de Medicina erigida expresamente para servir á un Hospital. Estas instituciones se subintrán y confunden por sus fines: no es de admirar que hayan sido concebidas por el criterio médico docente. De la Facultad de Medicina nació la inspiración que dió origen á los planos matrices de los nuevos edificios; la Arquitectura ha dado vida y existencia real á la inspiración de la Facultad. Esta le está muy reconocida: no escatimemos gloria á los Arquitectos.

V

Se podría tachar de ingrata á la Facultad, si, para atestiguar al Gobierno su reconocimiento por las mercedes que de su munificencia recibe, no se apresata á cooperar, en la medida de sus fuerzas, á la realización de un ideal muy levantado: instaurar en Barcelona un centro de enseñanza de la Medicina á la altura de los mejores del mundo.

Es esta una iniciativa reformadora, que emana de la más alta superioridad, y pues con ello nuestras aspiraciones van á ser colmadas en lo tocante á lo material, ahora incúmbenos secundar miras tan provechosas, preparando para la novísima institución el estudio de un dinamismo proporcionado, así en inten-

sidad como en calidad, á las preciosas condiciones de su arquitectura. Esta es la causa eficiente de los trabajos que ha emprendido el Claustro, directamente encaminados á elaborar y proponer una reforma de la enseñanza médica en armonía con las necesidades que habrán de originarse de la trascendental y progresiva metamórfosis que va á experimentar nuestra amada Facultad en su nuevo ambiente cósmico.

En efecto, no sería fácil explicar como, hallándonos provistos de lo que más interesa y cuesta—los edificios—hubiese de continuar un *statu quo* tan depresivo para la enseñanza, siendo así que los principales obstáculos se allanan, para encaminarnos por senda de mucho mayor provecho. Todos entendemos que la instrucción que estamos encargados de proporcionar á nuestros discípulos debe cimentarse en bases más sólidas y abarcar horizontes mucho más vastos. Hasta ahora, otra cosa mejor no nos ha sido dable; pero, en adelante, puesto que esas deficiencias no podrán atribuirse al continente, ¿sería cosa de achacarlas al personal titular ó escolar de la Facultad?

Cuanto al Profesorado, protestando sus vehementes deseos de excederse en el cumplimiento de sus deberes, resultaría inhibido de toda sospecha de responsabilidad por el mismo hecho de hacerse autor de un proyecto de reforma, que no puede tener otro norte que consolidar y ampliar la enseñanza. Por lo que hace á nuestros estudiantes de Medicina, me per-

mitiré algunas consideraciones biográficas, que estimo muy pertinentes á este asunto.

El estudiante de Medicina comienza su adaptación al medio poseído de movilidad irreflexiva propia de la adolescencia. La Física, la Química y la Historia Natural del año preparatorio, han penetrado muy poco en su espíritu para originar la afición y menos aún la noción consciente de la necesidad de acaudalar esta clase de conocimientos, los cuales, faltos de cultivo, más tienden á volatilizarse que á fijarse en la mente. Los estudios anatómicos, tal y cual hoy día se pueden hacer entre nosotros, esto es, mas por el libro y la viva voz del maestro, que de la manera objetiva que estas enseñanzas requieren, antes engendran conatos de ejercicio nemotécnico, que de observación é investigación. El día en que el estudiante sabe ver en un ejemplar osteológico las minucias de configuración y de textura que se describen en el texto, siente el primer atractivo por la anatomía. Súbitamente cunde y se acrecienta el deseo de disponer de objetos materiales de estudio: entonces nace la *osteofilia*, la cual fácilmente conduce —hasta á los jóvenes más honrados— á un exceso muy común, y no del todo vituperable habida razón de la desolación de nuestro Museo anatómico: le llamaré *Osteoklepsia*, para que no todos me entiendan.

De esta suerte, unas veces por legado de herencia, por préstamo á plazo fijo, otras, y otras por substra-

ción disimulada, el alumno se va proporcionando, si no todas, el mayor número de las piezas del esqueleto, entre las cuales rara vez dejan de figurar una calavera, un etmoides, un esfenoides, y hasta un juego de huesecitos del oído. Redoblando el trabajo domiciliario y *consumiendo muchas velas en las velas*, viene el estudiante á ser un regular osteógrafo. Cuanto á la miología, esplagnología, angiología, neurología, centros nerviosos y órganos de los sentidos externos, pocos llegan á adquirir nociones precisas, tanto por lo que escasea el cadáver en la sala práctica, como por otros coeficientes, que habrá que remover lo más pronto posible. A mis alumnos de Patología quirúrgica, viéndoles embobados cada vez que un asunto de anatomía del sistema nervioso se atraviesa en la explicación, suelo decirles: *¡qué lástima: vosotros no tenéis nervios!*

Así y todo, los exámenes de Anatomía suelen ser buenos. Es porque, en los primeros años de la carrera, hay fama de que el tribunal *siega corto*, y, conminados por el fatídico brillar de la guadaña, los alumnos redoblan su aplicación... Pero saben la asignatura de memoria; tiene pegadas con mucilago las ideas de la estática del organismo... ¿Será suya la culpa?

Mientras tanto, conforme decía, las nociones de ciencias físicas y naturales, se han ido evaporando; la Fisiología se aprende de viva voz y en el libro;

se hace alguna que otra vivisección, alguno que otro experimento de óptica, acústica, etc. De todo poco, muy poco, porque, á más de que la consignación de material no tiene mayor alcance, carecemos de locales apropiados para estudios demostrativos. De ahí que otra vez el joven estudiante de Medicina deba fiar á la memoria su decoro escolar ante el tribunal de exámenes.

Lo mismo que en Anatomía y Fisiología, ocurre en las otras enseñanzas objetivas y experimentales de la Facultad. Se enseña bien la Histología y la Bacteriología;... pero ¿cuántos alumnos sabrían manejar el microtomo, colorear y decolorar tejidos, hacer células é inclusiones, etc., etc.? ¿Cuántos sabrían hacer cultivos de determinados microbios y emplear acertadamente los reactivos que se usan para el diagnóstico bacteriológico? ¿Cuántos practicarían un análisis químico, tan siquiera cualitativo, con aplicación á la Toxicología, á la Hidrología médica y á la Higiene pública? ¿Cuántos serían hábiles para escribir una fórmula medicamentosa razonada, en vista de un síndrome algo complejo?

Los mejores exámenes son siempre los de Patología; porque son puramente teóricos. Cuando á los alumnos que sobresalieron en las Patologías especiales se les examina de las respectivas clínicas, á la cabecera del enfermo, ¡qué desilusión! los bellos colores del ropaje nosológico, son como los de las donosas

alas de las mariposas: levisimas escamillas que se desprenden al tocarlas.

Quien no estuviese al tanto de estos pormenores, podría reprochar á nuestros tribunales por exceso de lenidad y aún por sobra de generosidad, puesto que abundan las calificaciones de Sobresaliente y Notable y además no son frecuentes los fracasos en la Licenciatura... ¿Qué nota habríamos de dar á los alumnos que contestan á pedir de boca á las Lecciones que les han caido en suerte? En general, nuestros alumnos son estudiosos, y en su mayoría, en los exámenes, manifiestan saber casi tanto como se les ha explicado. No están, pues, flojos en los exámenes, en tanto estos son teóricos: donde flaquean y claudican, es en todo cuanto es práctico y manual; más, como, á excepción de los exámenes de clínicas y del simulacro de los de técnica anatómica, todos los de la carrera de Medicina no pueden —á tenor de la ley— ser sino orales, no es posible aplicar temperamentos más rigurosos, si no se quiere pecar de injustos.

Compárense las calificaciones de los exámenes de Patología—teóricos— con los de clínica—prácticos—y se echará de ver que en éstos, no sólo son mucho más modestas las notas, sino que el Suspenso ennegrece frecuentemente las listas, y eso que, al calificar no se pierde de vista la escasa provisión de ejemplares y las pésimas condiciones que para la enseñanza concurren en las enfermerías de las Clínicas,